

arzobispo de Benevento, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Nació este dignísimo sucesor de San Pedro el día 11 de Febrero de 1649 de Fernando, duque de Gravina, y de Juana Frangipani, y se le llamó en el bautismo Pedro Francisco. Su familia, una de las más antiguas y principales de toda Italia, contaba ya cuatro Sumos Pontífices, á saber, Estévan III, Paulo I, Celestino III y Nicolás III. Desde los primeros años dió á conocer Pedro Francisco las virtudes y eminentes cualidades de que le habia dotado el cielo. Llamado á la religion de Santo Domingo, aunque primogénito y poseedor ya de un inmenso patrimonio por la muerte de su padre, determinó renunciar enteramente al mundo y á sus esperanzas; y á pesar de la resistencia de sus parientes y del temor de los mismos prelados religiosos, abandonó su pátria, pasó á Venecia y tomó allí el hábito, mudando su nombre de Pedro Francisco en el de Vicente María. No cesaron sin embargo de oponerse á esta magnánima resolución sus allegados, tentaron todos los medios posibles para hacerle mudar de propósito, y hasta empeñaron la autoridad del Papa Clemente IX; pero habiendo el Pontífice llamado á Roma á nuestro novicio y examinado su vocación, léjos de oponerse á ella, la confirmó reconociéndola inspirada de Dios. En consecuencia, abrevió el tiempo de probación dispensando seis meses á Vicente María, quien hizo su profesion solemne en el convento de Santa Sabina de Roma. Ordenado de sacerdote á los veintidos años en virtud de otra semejante dispensa pontificia, celebró su primera misa en Gravina con indecible placer de la duquesa su madre, la cual, á imitación del hijo,

se hizo también religiosa dominica en el monasterio de Gravina que ella misma habia fabricado. Después de haber concluido sus estudios, le enviaron sus superiores á enseñar filosofía en Brescia, donde publicó una oración fúnebre en alabanza del cardenal Antonio Barberini, protector de su orden, y una eruditísima disertación en la que defiende que los obispos asumidos del estado regular deben retener en el obispado el hábito religioso. De Brescia pasó á Bolonia, y contra toda su esperanza, hallándose en la edad de veintitres años, fue creado cardenal por Clemente X en 1672; y á pesar de la renuncia que hizo con raro ejemplo de humildad de aquella dignidad sublime, alegando que solo por vivir en el retiro de los claustros se habia desprendido de todas las grandezas de su casa, se vió obligado por un mandamiento espreso del Pontífice á consentir y aceptar el nombramiento. No obstante, tentó aun en presencia del Papa esponer las razones que le movian á renunciar de nuevo; mas Clemente, en vez de acceder á sus deseos, le puso el capelo por sus propias manos.

Esta mutación de estado en nada le hizo cambiar el plan de su vida: sóbrio en la comida, modesto en el vestido, continuo en la oración y ocupado sin cesar en la lectura de los santos libros, dió á conocer que queria compensar el mérito de la abstracción y soledad con los ejercicios de la religion y de una piedad fervorosa. Fue miembro de las principales congregaciones, mostrando en todos los asuntos su gran sabiduría; renunció la prefectura de Roma, á la que suelen aspirar los cardenales más antiguos; y deseando emplearse solamente

en la salud de las almas, aceptó á los veintiseis años el arzobispado de Siponto, ciudad distante de Roma, arruinada poco antes por los turcos é insalubre, y prefirió esta silla pobre y gravada de pensiones, á la rica de Salerno que le ofrecia Carlos II, Rey de España y de las Dos-Sicilias. De allí á cinco años le trasladó Inocencio XI al obispado de Cesena, y despues de otros seis al arzobispado de Benevento. Inmensas fueron las ventajas espirituales y temporales que recibieron estas tres iglesias de un pastor tan celoso, tan edificante y tan magnífico: catedrales reedificadas ó construidas de nuevo; seminarios multiplicados; hospitales para enfermos y peregrinos; montes pios para el socorro de los pobres; misiones instituidas de nuevo para instruir al pueblo en la religion y en las buenas costumbres; edictos sobre la observancia de la disciplina; sínodos celebrados con todo el decoro y magestad de los primeros siglos de la Iglesia; limosnas innumerables que llegaron casi á la profusion; solicitud incansable por todos los deberes del obispado, y asistencia continua á las funciones y ceremonias eclesiásticas: tales fueron las obras en que se ocupó incesantemente el obispo de Siponto, de Cesena y de Benevento. Su palacio, semejante al de los antiguos santos y sábios prelados, era el lugar de reunion de todos los eclesiásticos doctos de su tiempo, que acudian á instruirse bajo su direccion en el verdadero modo de gobernar la Iglesia. Administraba él mismo frecuentemente los sacramentos al comun de los fieles y predicábales la divina palabra; mas en medio de tantas atenciones, infatigable en el trabajo, compuso un gran número de sermones, dos libros de lecciones

sobre el Exodo y otras muchas obras, pudiendo decirse de él lo que de Nepociano dijo San Gerónimo, que *con la continua meditacion y lectura habia llegado á ser su pecho la biblioteca de Jesucristo.*

Estas grandes virtudes y méritos adquiridos en el ministerio apostólico, le prepararon el camino para subir á la Cátedra de San Pedro, no encontrando los cardenales, despues de la muerte de Inocencio XIII, otro mas digno de sentarse en ella; pero colocado Benedicto sobre la Silla apostólica no olvidó aquel primer estado, objeto de los deseos de su juventud y por el que se habia despojado de cuanto tenia en el mundo. Por esto quiso que se formase dentro del palacio una pequeña habitacion á manera de celda con una cama pequeña, con las sábanas de lana y con todos los muebles propios de la pobreza religiosa, llamando á aquel retiro la celda de Fray Vicente María, y á lo restante del Vaticano el palacio de Benedicto XIII. En el progreso de esta historia veremos repetidas veces á este gran Pontífice confirmar en sus operaciones la alta idea que concibieron de su mérito los cardenales al constituirle Cabeza de la Iglesia y Soberano de Roma.

52. La noticia de la eleccion de Benedicto, llegó á Utrecht antes que fuese consagrado el falso arzobispo Steenoven. Apresuráronse aquellos cismáticos á pedir al nuevo Papa que confirmase la eleccion que hicieron sin derecho alguno; y como si el clamar obstinadamente á la Silla apostólica para que ratificase sus inicuas usurpaciones fuese una muestra del respeto y obediencia que la debe prestar todo católico, se jactaron públicamente

de que con su nueva carta suplicatoria habian dado la prueba mas luminosa de su deferencia y sumision al Pontífice (1). Penetró Benedicto XIII toda la malicia de los cismáticos; mas antes de castigar su insolencia, quiso probar si la disimulacion llamaria al camino recto á los extraviados, por lo que no les dió contestacion alguna. Pero ellos se aprovecharon de este silencio para aumentar su osadia, atribuyéndolo á las intrigas de sus émulos, ó tomándolo por un tácito consentimiento del Papa á sus pretensiones. Creyéronse, pues, libres de toda dependencia, y procedieron como hemos visto á la sacrilega consagracion de Cornelio Steenoven, en cuya acta, firmada por el nuevo arzobispo y por el prelado suspenso de Babilonia, por diez presbíteros, por dos benedictinos y por cuatro seglares, dice el padre Teodorico Viaixnes, que no habiendo contestado el Papa Inocencio XIII á las dos primeras cartas, ni Benedicto á otra tercera del cabildo de Utrecht, se habia procedido á la consagracion segun los derechos del mismo cabildo, de los cánones y de la necesidad.

53. Como el redactor de esta acta tuvo una gran parte en aquella monstruosa ficcion, no será fuera de propósito darle á conocer refiriendo algunas particularidades de su vida. Despues de las famosas apelaciones del cardenal de Noailles, de los cuatro obispos de Montpellier, de Senez, de Mirepoix y de Auxerre, de los párrocos y de la universidad de París, y de algunas otras corporaciones de menos consideracion, quisieron ciertos particulares señalarse entre los demás formando

(1) *Mozzi. l. 3. §. 15.*

tambien y publicando sus instrumentos de apelacion contra Roma. Uno de los primeros, y acaso el mas distinguido, fue el padre Teodorico de Viaixnes, monge benedictino de la congregacion de San Vannes. Para manifestar de todo punto su carácter y sentimientos, basta referir sus propias palabras tomadas de su *apelacion á la Iglesia universal y al futuro concilio general, libre y ecuménico*, fecha en Amsterdam á 13 de Abril de 1727, á donde se habia retirado aquel buen religioso para sustraerse del aire contagioso y pestilencial de la Iglesia romana, y vivir santamente á lo jansenista. „El abajo firmado, dice, despues de haber examinado con madurez delante de Dios las terribles turbulencias que han agitado la Iglesia católica, principalmente conmovida por la malhadada bula *Unigenitus*, denuncio, no solo en mi nombre, sino tambien en el de todos los tomistas y agustinos, y sobre todo en el de mis hermanos los benedictinos, que no podrán desaprobarme mi conducta; denuncio, digo, á la Iglesia católica y al futuro concilio, libre, general y ecuménico, el molinismo, el suarismo y el sfrondatismo, como que enseñan heregias formales; denuncio tambien la bula *Unigenitus*, que incluye todos sus errores monstruosos.” No contento aun nuestro ardiente monge, reclama en nombre de Dios que se anulen igualmente y condenen el formulario de Alejandro VII y la bula *Vineam Domini Sabaoth*, y concluye: „no dudo en manera alguna que en un concilio libre y general, cual lo pido en nombre de Dios, seria infamemente rasgada y quemada por mano de verdugo la bula *Unigenitus*, y que su autor (Clemente XI)

seria declarado herege y aun heresiarca." En vista de esto ¿quien estrañará que un hombre animado de tales sentimientos fuese cómplice y uno de los principales instrumentos de la consagracion del falso obispo de Utrecht?

54. Uno de los primeros pasos que dió este obispo de nuevo cuño, fue participar su eleccion al Pontífice, dirigiéndole juntamente una artificiosa profesion de su fe, que si bien no contenia error alguno, tampoco escluia los que mandaba la santa Sede que espresamente se condenasen. Semejante su carta á la de sus electores, estaba llena de enfáticas protestas de sumision y respeto para con la Silla apostólica, y recopilaba brevemente cuanto podia decirse de mas especioso en defensa de su promocion sacrílega é irregular. Despues de esta carta al Papa, escribió Steenoven á los obispos vecinos, los que le despreciaron hasta el punto de no contestarle. El Sumo Pontífice, movido de una clemencia paternal, suspendió por algun tiempo fulminar contra Steenoven los últimos anatemas, y tentó aun el camino de las exhortaciones y amenazas; pero todo fue en vano.

Escribió tambien al Papa algunos dias despues Mr. Varlet una carta, en la que, á mas de renovar sus acostumbradas quejas contra el obispo de Hispahan, llega á pedir á su Santidad que confirme con su aprobacion quanto él habia hecho para socorrer, segun dice, la extraordinaria y urgentísima necesidad de la iglesia de Utrecht. Añade aun, que si los refractarios hubiesen consumado por sí solos este negocio sin participarlo á Roma ni esperar su resolucion, serian todavía merecedores de las alabanzas que merecieron los africanos

cuando, bajo la tiranía del Rey Trasimundo, hicieron ordenar y consagrar momentáneamente á todos los presbíteros y diáconos elegidos de antemano. Imaginábase seguramente el obispo de Babilonia encontrar en Benedicto XIII un Pontífice ignorante de la historia eclesiástica, pues se lisongeó que justificaria su conducta delante de su Santidad, apoyándola en un egeemplo que no hacia mas que agravarla y hacerla menos excusable.

55. Viendo por fin el Pontífice que era inútil toda su indulgencia para con aquellos rebeldes, y que no le permitia su deber dejar mas largo tiempo en tan inminente peligro aquella preciosa porcion del rebaño de Jesucristo, despues de haber hecho consagrar obispo á su nuncio en Bruselas, y cometido á él y á sus sucesores la jurisdiccion ordinaria sobre Holanda, mandó expedir en 21 de Febrero de 1725 un breve dirigido á todos los católicos de las Provincias-Unidas, en el que declara con autoridad apostólica ser nula, *ipso facto*, la eleccion, y absolutamente ilícita y execrable la consagracion del nuevo obispo, á quien suspende de todo egercicio de orden y de jurisdiccion: prohíbele además, bajo pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, conferir las parroquias y cura de almas, y administrar los sacramentos: veda asimismo á todos los católicos tener con él alguna comunicacion, especialmente en las cosas sagradas, reconocerle por obispo y recibir de sus manos los sacramentos, y en particular el sacramento del orden. Publicóse en Holanda este breve hácia la mitad del siguiente Marzo, y se le notificó á Steenoven en el momento en que iba á celebrar la misa.

56. Acostumbrado el falso obispo de Utrecht á despreciar las bulas y las mas solemnes decisiones de los Sumos Pontífices, no hizo mayor caso del nuevo breve de Benedicto XIII. A pesar de la notificacion, en la que se le intimó personalmente la suspension de todas las funciones sagradas, tuvo el atrevimiento de administrar los sacramentos de la confirmacion y del orden; y en 30 de Marzo apeló del breve del mismo modo que en 30 del Noviembre anterior habia apelado de todo lo que él llamaba las vejaciones de la córte de Roma. Sobrevivió poco á este nuevo acto de cisma, pues acometido repentinamente de una grave enfermedad, murió el 3 de Abril sin haber dado señal alguna de penitencia.

57. En medio del rigor que se vió precisado á usar Benedicto XIII contra los refractarios de Utrecht, no omitió el sábio Pontífice manifestarles algunos rasgos de moderacion y de dulzura paternal, pues no lanzó ninguna nueva censura ni contra los electores ni contra el obispo consagrante. Sin embargo, no desistieron los rebeldes de su ódio y aversion á todo lo que procedia de Roma, y hablaron por do quiera del breve en los términos mas indecentes é injuriosos. Distinguióse entre todos el obispo de Babilonia, con una sátira envenenada, en la que emprendió combatir el decreto pontificio, imitando las furiosas diatribas de Lutero en sus escritos contra la bula de Leon X. Habia ya publicado poco antes una solemne protesta y una prévia apelacion *al futuro concilio general de toda sentencia que pudiese dimanar contra él de parte del Pontífice, en ocasion y á causa de la consagracion del arzobispo de Utrecht.* Pero no

contento con este primer paso escribió de nuevo al Papa, acusando de perfidia todos los anteriores juicios, y defendiéndolo pertinázmente, que ni él ni los refractarios habian hecho ó escrito cosa contraria á la disciplina y á la fe de la Iglesia.

58. Los católicos holandeses que no habian querido reconocer á Steenoven por obispo, deseaban aprovecharse de su repentina muerte para lograr tener como antes vicarios apostólicos nombrados por los Papas. Solicitaron en consecuencia la permission de los estados generales, y era de esperar que no se les rehusase supuesto que eran muchos mas en número que los refractarios; pero éstos hicieron tan vivas diligencias para con la asamblea, que impidieron fuese acordada aquella solicitud, y se apresuraron además á llenar la plaza de Steenoven. En efecto, reunidos los canónigos de Utrecht en la ciudad de Leiden, eligieron el dia 15 de Mayo á Cornelio-Juan Barchman. Habia éste nacido en Utrecht, de padre católico y de madre calvinista, é hizo sus estudios en París. Habiéndole negado el cardenal de Noailles las sagradas órdenes, acudió al obispo de Senez, el que, sobradamente franco como siempre y sin miramiento alguno en su obrar, le concedió cuanto pedia, y confirióle en menos de siete semanas desde la primera tonsura hasta el sacerdocio, dispensándole sin legitima autoridad los intersticios y la observancia de las tēporas, contra lo prescrito en los sagrados cánones y en el concilio de Trento. Después de esto restituyóse Barchman á París, y al año siguiente, pesquisado por el gobierno á causa de su descarada oposicion á la bula *Unigenitus*, se vió en la

precision de huir, y tornó á Holanda. Elegido, como se ha dicho, sucesor de Steenoven, fue consagrado del mismo modo y por las mismas manos que su antecesor, en el Haya á mediados de Setiembre de 1725, consumando segunda vez el obispo de Babilonia aquella obra de iniquidad, á la que se manifestaron tan adheridos los refractarios, y al mismo tiempo tan temerosos de perder á su nuevo arzobispo, que acostumbraban á dirigir á Dios en su lengua profana y blasfema la siguiente súplica, que nos ha conservado fielmente un historiador contemporáneo (1): „O Rector del universo (decian), prescribid un término inalterable á la muerte, para que no sea arrebatado antes de tiempo este personage. Ya que vos, ó Señor, habeis dado un esposo á nuestra iglesia, concedednos que podamos gozar de él muchísimos años. Sin embargo, todos nosotros preferimos vernos privados inmediatamente de su presencia, y que la muerte egerza todo su rigor contra él, si ha de llegar un día en que doble su rodilla á Baal (esto es, en que suscriba al formulario y á la constitucion *Unigenitus*) y manche su alma santa con tan grande iniquidad.” ¡Tal era el fanatismo y locura de aquellos rebeldes!

59. Sabidos los nuevos atentados de los ultrayectenses, espidió el Papa dos breves contra ellos: el primero declarando nula la eleccion, y el segundo anatematizando y separando de su comunión á Barchman, á los que le habian elegido y á sus adictos, y prohibiendo á los católicos toda comunicacion con él (2). Pero esta sentencia cayó sobre corazones endurecidos: Barchman

(1) *Bachus. tract. hist. pag. 91.* (2) *Mozzi lib. 4. §. 5.*

opuso á ella un acto de apelacion firmado por él y por su capitulo, al que suscribieron poco despues otros sesenta y cuatro presbíteros, siendo éstas todas las signaturas que pudieron obtenerse en el país. Añadieron luego las suyas unos cuarenta refugiados franceses, pues en esta época fue principalmente en la que se aumentó el partido en Holanda con eclesiásticos errantes, con religiosos apóstatas de sus reglas, y con legos apasionados (1). En este mismo año pasaron á Holanda desde París veintiseis cartujos para sustraerse de obedecer á un decreto de su orden que prescribia la total sumision á la bula *Unigenitus*. Escitados sin duda por consejos perniciosos, salieron una noche de sus celdas; saltaron los muros del monasterio con los socorros que les suministraban de fuera; encontraron preparado todo lo necesario para el viage, y huyeron disfrazados, guiándoles en su marcha los presbíteros Jubé y Boullenois, vendidos enteramente al partido. Hicieron despues esfuerzos para disminuir lo odioso de su conducta; publicaron *apologías de los cartujos*, y quisieron hacer admirar la constancia y piedad de estos frailes edificantes, que se escapaban del convento para ir á respirar el aire libre de Holanda. Tuvieron por imitadores á quince religiosos de la abadía de Orval, en la diócesi de Lieja, que huyeron con uniforme de oficiales. Merecian sin duda unos mártires de tan bella causa que se les procurase un cómodo destierro; así lo creyeron los jansenistas de Francia, que abrieron en su favor una suscripcion general, y les

(1) *Mem. hist. eccles. sec. 18. tom. 1. ann. 1725.*